

LOS DIOSES QUE NUNCA CAEN

EN 1929 se celebró una entrevista histórica en Alemania: Adolfo Hitler y Hugenberg. Fue la entrevista en la que se decidió que la gran industria, el gran capital alemán, subvencionaría la aventura nazi. Hugenberg había sido director de las fábricas Krupp—los mayores fabricantes de

una familia tradicional de la aristocracia industrial alemana. Es preciso preguntarse una vez más si es realmente el nazismo el que corrompe, el que actúa, o si la corrupción estaba dada de antes y el nazismo es una consecuencia. Los barones del Ruhr, los "junker" prusianos, eran ya en sí produc-

cia alemana. El nazismo fue, en cierta forma, una consecuencia de la guerra—de la derrota—1914-1918; pero aquella guerra a su vez era el fruto de la aristocracia de raza y de dinero (unidas, o únicas) de Alemania, y de la guerra anterior, la de 1870. La tragedia real comienza—y se ve en el film—cuando los feudales alemanes comienzan a ser víctimas del nazismo que ellos mismos crearon. Aquellos aprendices de brujo no supieron manipular la criatura que ellos mismos habían creado, como en la leyenda del monstruo de Frankenstein. No es algo tan lejano: es algo que aquí y ahora se sigue percibiendo. La República de Weimar fue un intento de convivencia sobre una Alemania no imperial, sobre una Alemania que trata de adoptar una "modernidad" que la equiparase a otros pueblos

de Europa. No fue tampoco una democracia blanda: la matanza de espartaquistas en diciembre de 1918 fue una demostración de rudeza por parte de los socialistas "moderados", y el canciller Ebert, que había obtenido el puesto directamente por nombramiento del príncipe Max de Baden, lo ratificaría en las elecciones siguientes, y lo traspasó a Hindenburg, mariscal de Campo, hombre de la democracia, quien abrió el camino a Hitler y al nazismo. La Historia resulta a veces mucho más lineal de lo que se suele creer.

Hitler no surgió por azar. Hitler era uno entre muchos Hitler, y fue seleccionado cuidadosamente por el Ejército: y el Ejército alemán era, todavía, la aristocracia. El Ejército buscó a un Hitler—buscó a alguien que conectase con el pueblo y diese al nazismo un carácter unáni-

Juan Aldebarán

armas del mundo— y habla creado su propia riqueza orientada hacia la producción de material de persuasión: periódicos, emisoras de radio, cine (una parte de la UFA le pertenecía), agencias de información. Había manejado su propio partido, el nacionalista alemán, uno de los muchos partidos prenazis o paralelos al de Hitler, pero con poco éxito. Hugenberg no habló por sí solo, sino en nombre de otros grandes industriales, cuyas fortunas podía utilizar para un fin político concreto: el anticomunismo. Hitler tendría después otro gran interlocutor: Emil Kirdorf, que controlaba la industria del carbón y del acero del Ruhr. Hugenberg dio, principalmente, a Hitler su red de influencia en la opinión pública y cotizaciones de los grandes industriales al partido nazi. Kirdorf le dio directamente un dinero que serviría para la adquisición de la Casa Parda, donde Hitler trabajaba en un elegante y austero despacho, debajo de un retrato de Federico el Grande. Diez o quince años antes, Mussolini había recibido en Italia el mismo impulso: el de la prensa al servicio de la industria (por Filippo Naldi, propietario del periódico "Il Resto del Carlino") y el de los empresarios: Edison, Fiat, Ansaldo. Mussolini no sólo recibió dinero de los industriales italianos, sino también de los franceses.

El eje de la película de Visconti "La caduta degli dei"—título wagneriano, fresco pictórico antiwagneriano— es una gran familia industrial de la gran zona del acero. Quizá unos Krupp. O unos Kirdorf. No debe ser necesario buscar claves directamente personales, como tampoco era preciso en "El secuestro de Altona", de Sartre. Lo que plantea Visconti es la tremenda exaltación y, al mismo tiempo, la terrible corrupción del nazismo en

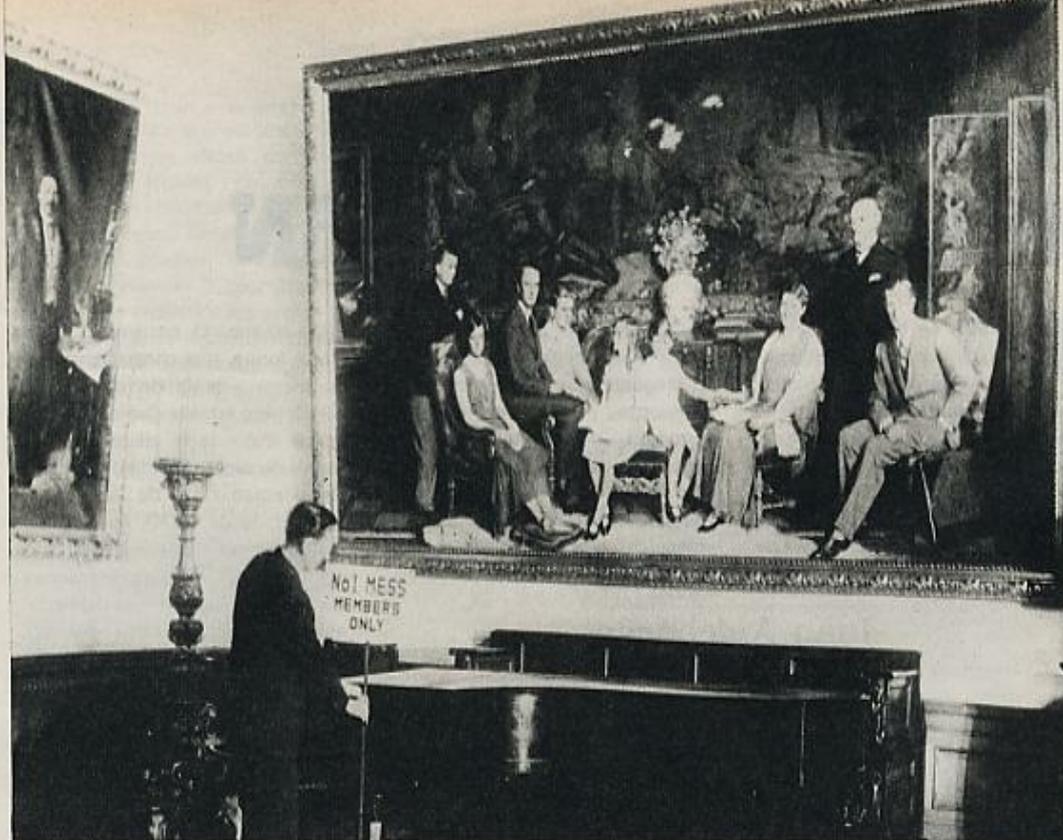
tores de un estado de injusticia pura: los fabricantes de armas fueron a su vez, como se sabe, los creadores de guerras. Podría ocurrir, en efecto, que el comunismo fuese en aquel momento su enemigo más directo; pero estaban ya antes en contra de la República de Weimar, que trataba de crear las primeras figuras de una democra-



Hitler con Hindenburg, en el centro, y el ministro Göring presencian la manifestación pangermanista de Tannenberg.

LOS DIOS QUE NUNCA CAEN

me— por medio del capitán Röhm, un hombre citado por su nombre —y representado— en la película de Visconti. El Ejército había creado unos departamentos de Comisariado Político para evitar que ideologías democráticas, socialistas o comunistas se infiltrasen en sus filas: Röhm era uno de los militares comprometidos en esta acción, y encontró en el cabo Hitler un excelente alumno. Le llevó a los cursos especiales para soldados: con tal ardor aprendió Hitler que se le encargó la reeducación de otros soldados. Fue Röhm quien inscribió a Hitler —o le ordenó que lo hiciera— en el partido nacionalista de Drexler —Drexler era un herrero de Munich que había creado el Partido Obrero Alemán Nacional Socialista—, que Hitler llegó a controlar en 1921, pero siempre a las órdenes del Ejército y al servicio de la idea militar. Pero Röhm se "desvió". Cuando el poder nazi quedó establecido y Hitler estaba en la cúspide del poder, los grupos de las SA que dirigía Ernst Röhm insistían en que la revolución no se había cumplido: que la "revolución estaba pendiente" —frase que también se oye con mucha frecuencia por los falangistas de la cepa antigua en estos días españoles—. ¿Por qué? Porque los grandes capitalistas seguían en pie, sus industrias estaban respetadas y el Ejército en manos de la antigua aristocracia. Probablemente, Ernst Röhm había ido más allá de lo que el mando le había encomendado. Hitler, todavía no. Y Hitler destrozó a Röhm. Le asesinó, junto a sus camaradas de las SA, el 30 de junio de 1934. Esta "noche de los cuchillos largos" tiene una larga y magnífica secuencia en la película de Visconti: la domina. La exagera. Acepta como posible una idea que Hitler emitió para justificar de alguna manera la enorme matanza: la de la homosexualidad. En las películas de Visconti, homosexual, hay siempre como una especie de castigo fatal a los homosexuales: o mueren rotos por dentro, como el personaje de "Muerte en Venecia", o son asesinados, como los SA de "La caída de los dioses". Habla ciertamente una exaltada homosexualidad en aquellos guerreros implacables. Podría ser esa homosexualidad de tipo fuerte, la del énfasis en la camaradería viril, la que considera que la mujer es algo demasiado débil y demasiado frágil para merecer el amor de un superhombre. Pero en la matanza de "La



Fue el gran capital alemán quien financió la aventura nazi. En la fotografía, residencia de los Krupp, que eran, en el momento de subir Hitler al poder, los mayores fabricantes de armas del mundo.

noche de los cuchillos largos", muchos SA fueron asesinados en sus lechos con sus esposas, con sus amantes. Hay quizá una incongruencia en el hecho de que uno de los dirigentes de la gran familia protagonista, propietaria de las grandes fundiciones de acero, militase directamente en las SA y pusiera al servicio de ellas, y del Ejército, o de Hitler directamente, las armas fabricadas. Las familias del género Krupp no eran especialmente apasionadas en aquellos momentos: habían creado sus defensores, les elegían y les soste-



Ernst Röhm, cabeza de las SA.

nían, pero no se sumaban a ellos con tanta facilidad. Visconti mezcla en este caso una realidad con una especie de visión personal de aristócrata de esta cuestión: la familia se pierde por el "encallamiento" del que ha venido a ser su principal miembro y dirigente —por la vía del asesinato: la gran familia industrial representa en este caso lo que la familia de los Atridas, asesinos e incestuosos, en la tragedia griega clásica: a fin de cuentas, el mundo de los dioses— y por su vulgaridad. La secuencia de la matanza ofrece un cuadro descompensado: la austeridad impecable de los asesinos dentro de sus intactos uniformes frente al desorden y la orgía de sus pintarrajeadas, borrachas y lujuriosas víctimas. Podría dar una sensación de irrupción del orden en el mundo de la destemplanza y del libertinaje. En realidad, no fue más que un ajuste de cuentas entre "gangsters", una fría etapa de la lucha por el poder. Visconti es más piadoso para con las SS, representadas por el personaje llamado Aschenbach, en el que podría verse una contrafigura del macabro Heydrich, violinista y oficial de Marina, al que llegó a respetar el propio Himmler. Hay en este personaje como un verdadero portador del "deus ex machina" que dirige el destino, que desprecia a sus manipulados personajes. La realidad queda más explícita dentro de la parábola de Bertolt Brecht, "La resistible ascensión de Arturo Ui" —donde Ernst Röhm aparece con el

nombre de Ernesto Roma— que en la película de Visconti.

El riesgo que presenta este film es el de confundir a los grandes industriales germanos con víctimas y descompuestos por el nazismo, cuando en realidad fueron sus creadores y sus supervivientes: la familia Krupp surge en el principio del siglo XIX y continúa en nuestros días, después de haber vencido por sí sola ofensivas más grandes y más graves que la del nazismo: la del Tratado de Versalles, o la de los intentos de descartelización industrial realizados por los aliados vencedores en la segunda guerra mundial y por la República Federal de Alemania. El nazismo fue solo un episodio en su vida, larga y próspera: algo que manipuló, y manipuló menos mal de lo que aparece en el film. Quizá la lección definitiva de esta historia sea otra que no aparece tan explícita: la de la negación de la democracia y de los intentos populares de llegar a las fuentes del poder por parte de los grandes feudales de siempre. La idea de aleccionar a las clases privilegiadas para que busquen su salvación y su bienestar por otras vías es algo que no se sabe hasta qué punto debe ser abandonado, en vista de su imposibilidad de comprensión y de la repetición perpetua de sus mismas acciones.

Estos dioses no parece que caigan. Y si caen, no es, desde luego, porque el nazismo —o cualquiera otra de sus propias criaturas— se les vaya de las manos.